

NUEVA YORK - REFUGIO

Así pasan las cosas, los días son tristes y se mezclan con la sensación de que algo está terriblemente mal, de que algo se ha roto en algún momento y no ~~vemos~~ veo cómo arreglarlo.

Nos imaginábamos el diario de mi padre como algo mucho más sólido y lo que encontramos fueron algunas frases sueltas, dibujos que hacía cuando salía a caminar por la sierra, cuando desaparecía durante días con sus piolets y nos decía, al volver, que había visto un amanecer que parecía un árbol, que se quedaba fijo, hacia arriba, como un árbol, y luego se tumbaba con nosotros y nos acariciaba el pelo y nos dejaba en el cuerpo el olor del tabaco que usaba en aquella época, digo usaba, pero sé que no es el verbo adecuado, pero me gusta ese verbo, porque realmente nuestro padre el tabaco lo usaba, lo desmenuzaba y lo formaba, hacía como artesanía con el tabaco, por eso siempre las manos le olían a tabaco, como si lo creara, como si fuera un artesano. No recuerdo dónde se metía mi madre cuando él regresaba. Nunca la recuerdo en la escena, pero siempre sé que estaba en casa, mi madre pocas veces salía desde que habíamos llegado al pueblo, a ese pueblo que se había convertido en nuestra prisión, como decía ella, pero que luego, con el tiempo, aprendió a amar desde el abandono y desde la soledad, desde la certeza de la tranquilidad, porque mi madre, que por aquel entonces escribía en su diario

*Necesito la paz de la ciudad,
peso 40 kilos y él se aleja, se pierde, lo noto desvanecerse poco a poco y solamente me quedan mis hijos, esos ángeles rubios que corren y juegan y me hacen estar tan cansada que no puedo levantarme cuando dicen que quieren jugar. Rezo, rezo todo el tiempo por poder comer, por poder alimentarme, por estar sana, por que esté cerca y no se marche y no le suceda nada.*

quería en todo momento alejarse, perderse en la ciudad, ser anónima. No soportaba las calles de Cercedilla, sus aceras, que la saludara todo el mundo, acercarse a la librería de la Fuenfría y que la llamaran por su nombre, y eso que se habían mudado hacia poco tiempo, pero él, él era de aquí, así que siempre lo habían conocido y a

ella siempre la conocieron, desde antes de que llegara al pueblo ya la conocían porque él subía, hablaba, preparaba sus cigarrillos y hablaba, pasaba por la librería y hablaba y les contaba de su vida, mientras caminaban, mientras escalaban, mientras recordaba, porque mi padre siempre recordaba los momentos de su infancia, recordaba por ejemplo cuando en la calle San Andrés la nieve les permitía tirarse con esquís de madera y arrojarlos como kamikazes, como locos inconscientes, mientras el guardia corría, por la nieve, detrás de ellos, y uno de ellos siempre se quedaba en lo alto de la cuesta, en la carretera general, y daba la voz de alarma, y todos arrojaban los esquís en un ventisquero y huían para no acabar en el calabozo, porque la vida de nuestro padre había sido la vida de la montaña, la vida de la sierra, porque había conocido a los hombres que narraban cómo bajaban de la sierra con los bueyes cargados de hielo para poder usarlos de nevera, porque había, con su padre, con nuestro abuelo, aprendido a diferenciar las judías buenas de las malas para plantar en el huerto, y había aprendido a hacer las casas que, después, mientras nosotros, con los ojos tan abiertos que dolían, porque nuestro padre para nosotros era inagotable, era la culminación de lo que existía, era un pedazo de cielo que se abría y hablaba, mientras nosotros, digo, le escuchábamos, él nos contaba cuáles eran las casas que había hecho el abuelo, cuáles eran las casas que había ayudado a construir él y luego nos vestía con las botas de montaña y nos llevaba al refugio Zabala, pequeños como éramos, hacíamos el camino medio llorando y medio ilusionados, y veíamos el pico de Peñalara, la Hermana Mayor, y bajábamos desde ahí a la Laguna Chica y caminábamos a veces de su mano y a veces simplemente oliendo su aroma, oliendo su tabaco y salíamos corriendo a veces para conseguir llegar antes que él, estar en el mundo antes que él, pertenecer, de alguna manera, por pequeña que fuera, a su manera de ser y estar en el mundo, de ser como él, que permanecía la mayor parte del tiempo callado, con nosotros, callado, pero que cuando salía por el pueblo hablaba con todo el mundo, sabía de todo el mundo, sabía de los Sáenz de Miera y de por qué Sorolla había comprado la casa y sabía, también, por qué la gente se había venido a la sierra y hablaba con sus amigos del pueblo, sus amigos de la infancia, de lo estúpidos que eran quienes pensaban que este era un pueblo de veraneo, cuando ellos sabían que era un pueblo de curación, que era un pueblo para los afectados de raquitismo, que era un pueblo que los médicos recomendaban por el aire puro, pero solamente ahí, solamente con los amigos de la infancia, con aquellos con los que de pequeño

esquiaba por la calle San Andrés, mientras que los muros de casa se le volvían opresivos y él permanecía callado, en casa, permanecía cada vez más callado, pero se le llenaban los ojos cuando salía a caminar y mi madre lo perdía, sabía que lo perdía, pero escribían, escribían en sitios separados, pero los dos a la misma mesa y encendían una luz tenue y nosotros nos quedábamos dormidos mientras mirábamos el fuego de nuestra casa y esa era la imagen que teníamos, de la tranquilidad de un hogar que, sin saberlo, se destruía, porque mi madre sabía que la montaña era algo inmenso, algo como la ciudad de Nueva York, una especie de sueño que obsesionaba a nuestro padre y ella, menuda como era, a punto de desaparecer todo el tiempo, se esforzaba por ser como una ciudad soñada y le leía fragmentos de libros que hablaban de ciudades desaparecidas, le leía Moby Dick, la obsesión, le leía los mitos de las ciudades desvanecidas como intentando en todo momento retenerlo, hacerse más fuerte que las montañas, hacerse más fuerte que la naturaleza y que la obsesión de algo que mi padre llamaba libertad, pero que era abandono y que era soledad y que era civilización, porque mi padre hablaba de valores perdidos, hablaba de la sierra como algo que estaba a punto de desvanecerse, hablaba de caminar por la montaña reconociendo cada punto, cada hoja, cada fragmento de montaña y cada piedra, porque él había conocido la Maliciosa, había recorrido cada sendero, los neveros, todos los senderos, y la amaba por encima de todo, así que mi madre le cogía la cara, le aferraba la cara, mientras nosotros dormíamos y le decía

“No nos abandones, no nos abandones”

Y mi padre la miraba fijo, nos miraba fijo a todos y apartaba la cara, le retiraba las manos suavemente y le cantaba una canción antigua, muy suave, la canción que cantaba su abuela mientras cocinaba. La canción con la que se había criado y al amanecer se marchaba, cada vez más solo, cada vez más enamorado de los amaneceres que eran como un árbol, que eran como una distancia o un sueño, que eran como una ciudad perdida y encontrada, una ciudad arqueológicamente imposible, pero que él conocía y recorría y era su sueño y su amor, por encima de nosotros, por encima de mi madre; para él, alejarse y estar en la montaña era como pasear por la memoria.

Así pasan las cosas, los días son tristes y se mezclan con la sensación de que algo está terriblemente mal, de que algo se ha roto en algún momento y no ~~ve~~ veo cómo arreglarlo.

Hago memoria de los lugares que he tenido la suerte de visitar, las vistas desde el Mirador de los poetas. ~~Deje~~ Dejaré mi cuaderno ahí, para que lo lean los animales salvajes, la única pureza ...

Así, la última entrada del diario de nuestro padre.

Los primeros días había un dolor inmenso, algo semejante a un sacrificio o a un fuego. Luego mi madre salía por el pueblo y apartaban la mirada. Encendíamos el fuego torpemente y buscábamos desesperados los restos de la memoria, nos vestíamos con sus prendas y fumábamos para intentar retener algo de su imagen, de su olor. Habíamos perdido más que un cuerpo y olfateábamos como animales salvajes su memoria. Aprendimos a caminar como ciegos, simplemente buscando sus pasos. Nunca encontramos el cuaderno al que hacía referencia, solamente amaneceres como árboles, amaneceres como ciudades soñadas, tan grandes, tan hermosos como Nueva York.